

el llamamiento de clara zetkin¹

*Fanny Edelman*²

Clara Zetkin ha sido, sin duda, una de las personalidades femeninas más eminentes de nuestra época, aunque no suficientemente conocida.

Fundadora del movimiento femenino alemán, secretaria internacional de las mujeres socialistas y, posteriormente, del Secretariado Femenino de la Internacional Comunista, junto a Nadezhda Krupskaja, Inessa Armand y Alejandra Kollontai, el norte fundamental de su actividad fue la emancipación de la mujer y la lucha por la paz.

Mérito de Clara ha sido que el 8 de marzo de 1910 haya quedado inscripto para siempre en la historia del movimiento revolucionario, como el día de la mujer proletaria y por la paz.

Ese es su carácter, que es lo que queremos reivindicar hoy. Porque lo que registran los documentos de la época es que en esa fecha, cien delegadas de los partidos socialistas, sindicatos, uniones y asociaciones de trabajadores, aprobaron en la Conferencia de Mujeres Socialistas celebrada en Copenhague, la propuesta de Clara Zetkin de conmemorar anualmente una jornada internacional en homenaje a las obreras norteamericanas que en 1857 desafiaron a la patronal y salieron a la calle, no sólo para protestar por las oprobiosas condiciones de trabajo, sino también a reclamar salarios dignos y jornada de diez horas.

(1) Intervención realizada en el Acto por el Día Internacional de la Mujer, organizado por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos-IMFC, el 8 de marzo de 2004.

(2) Fanny Edelman fue dirigente de la Unión de Mujeres Argentinas y presidenta de la Federación Democrática Internacional de Mujeres. Participa de la coordinación de la Multi-sectorial de Solidaridad con Cuba. Integra la dirección del Partido Comunista de Argentina.

Esa fecha sólo fue conmemorada por el movimiento revolucionario mundial hasta que en la Conferencia Internacional de la Mujer, convocada en 1975 por la ONU, en la cual participé en representación de la FDIM (Federación Democrática Internacional de Mujeres), resolvió hacer suya la propuesta de Clara Zetkin de 1910. Desde entonces, su celebración se universalizó, pero sin el contenido que le dio origen.

Clara decía, al referirse al papel social de la mujer como parte dinámica de las fuerzas productivas, «la vida social será más rica, no solamente en amplitud sino también en variedad, en profundidad, en sensibilidad, cuando participe en todos los campos como un ser humano integral». Esa sigue siendo nuestra reflexión y nuestra lucha de hoy.

Su hermosa vida a favor de la igualdad de la mujer estuvo presidida por una lucha denodada por la paz. Durante los 40 años de su militancia revolucionaria, la Europa entera vibró ante los ardientes llamados de Clara a conjurar la guerra.

Su última aparición pública poco antes de que su vida se extinguiera fue en el Parlamento alemán. Como decana del mismo presidió la sesión y su alegato contra el nazifascismo y por la paz –con Hitler en el poder– fue un mensaje al mundo de no cejar contra los promotores de guerras y bregar por un mundo de paz.

Las celebraciones del 8 de marzo de esos años levantaron permanentemente sus consignas. Así lo hicieron las obreras rusas en la manifestación conmemorativa del 8 de marzo de 1917, exigiendo pan y paz, y esa movilización marcó el posterior estallido de la Revolución que las encontró en las primeras filas de la insurrección de octubre.

Las grandes convulsiones sociales que se produjeron a lo largo del siglo XX iniciadas por la Revolución Socialista de octubre, comenzaron a provocar profundos cambios en el status no sólo de la mujer obrera sino también de las otras capas sociales.

La Revolución Socialista en China, la Revolución de los Claveles Rojos en Portugal; la epopeya vietnamita; la Revolución Cubana y el nuevo poder sandinista en Nicaragua; la prometedora experiencia de la Unidad Popular en Chile; el proceso de descolonización en África y la irrupción del Frente

Zapatista de Liberación Nacional, cada uno con sus especificidades, junto con la instalación del nuevo poder, abordaron el gran desafío de comenzar a erradicar los patrones culturales de la ideología patriarcal burguesa –tarea muy larga, ardua y difícil- para avanzar en el proceso de emancipación de la mujer, también largo, arduo y difícil.

Debemos decir también que estas grandes convulsiones transformadoras contaron todas, como en las grandes luchas liberadoras de la historia humana, con la presencia militante de mujeres.

Fue enorme la influencia que esos sucesos tuvieron sobre la subjetividad femenina en todo el mundo. Por primera vez en la historia, las mujeres dejaban de ser un objeto sexual para ser lo que debemos ser, un sujeto social.

Es así como en los primeros años de la mitad del siglo XX se produce una irrupción masiva de mujeres en el campo de trabajo –muchísimas casadas-, en el terreno universitario, en la vida política y cultural, a pesar de que se nos sigue negando o limitando los espacios que por derecho propio nos corresponden.

Se abrió así una importante brecha cultural que ha afirmado nuestra identidad de género, logrando que la sociedad reconozca que las diferencias sexuales no pueden determinar las relaciones sociales. El reconocimiento de nuestros derechos reproductivos y sexuales ha fortalecido nuestra identidad de género. Importancia esencial es el derecho a decidir sobre nuestro cuerpo, parte significativa de la lucha contra la sujeción cultural histórica impuesta por las clases dominantes y la reacción oscurantista y clerical que pretende mantener a la mujer prisionera de lazos ficticios que encubren la realidad. Ha sido importante también nuestra contribución a imponer respeto a las minorías sexuales.

En todas estas conquistas por las cuales es necesario seguir luchando no podemos omitir la gran contribución de la segunda ola feminista que se expendió por Europa y los EEUU en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX y llegó a América Latina.

Se ha afirmado uno de los fundamentos ideológicos del feminismo: la opresión de la mujer en el ámbito privado es un problema político y se ha reconocido que los derechos de las mujeres y las niñas son parte inalienable, integral e indivisible de los derechos universales.

El siglo XX con sus profundos cambios sociales ha demostrado que no hay desarrollo humano y transformación social sin las mujeres.

Todas estas conquistas traen su dramática contraparte en nuestro país. El perverso y exasperante modelo de dominación que es el capitalismo, hoy en una de sus fases más agresivas y decadentes, donde la desigualdad social alcanza parámetros inadmisibles, son las mujeres las que más pierden, las que más padecen. Uno de sus signos más crueles es la feminización de la pobreza y del trabajo. Su visibilidad social se manifiesta en una explotación inhumana, trabajos precarios y mal pagos, permanentemente sometidas a violencia física y psicológica. Hay mujeres que paren hijos que sólo alcanzan un año de edad, niñas sin infancia, cuya única opción es delinquir, prostituirse o drogarse, ya que su acceso a la salud y la educación es muy improbable. A ello se suma un grave aumento de la violencia intrafamiliar, se incuban enfermedades de la miseria y la indigencia, que se transfiere por generaciones, abortos clandestinos de niñas y adolescentes, niñas madres, hogares monoparentales a cargo de mujeres.

Esta parte tan dolorosa de nuestra realidad cotidiana se mide en cifras: 60% de argentinos viven bajo el nivel de pobreza, de los cuales 20% en estado de emergencia; la desocupación trepa a más del 18%; se realizan 500 mil abortos anuales sobre 650 mil nacimientos.

Estos son nuestros hermanos que viven en la planta baja de la sociedad, de una sociedad capitalista que se pretende edulcorar y que responde a tanta desdicha, a tanto dolor, con una política de contención, con asistencialismo, con deslegitimización y criminalización de la protesta social. Los miles de millones que siguen fluyendo a las arcas del FMI, cuánto significaría si se destinaran a comenzar a paliar el justo y digno reclamo del pueblo.

Esta es la realidad de una Argentina desbordante de riqueza enajenada por los dueños del poder, donde el discurso oficial fluye por un carril y la verdad, la realidad, por otra.

Los intereses de la inmensa mayoría del pueblo necesitan que se despliegue un proyecto alternativo al capitalismo, un proyecto liberador. Tenemos un punto de referencia: la resolución anticapitalista de la República Cubana, que nos da la prueba de que es posible vivir de otra manera.

Estamos convencidos de que así como queremos otra patria, libre, soberana, así aspiramos junto a los pueblos de nuestra América alcanzar nuestra segunda y definitiva independencia. Eso significa no cejar en el combate común contra el poder imperial, mesiánico, terrorista racista y genocida del gobierno del Presidente Bush, que amenaza desatar la guerra preventiva contra Cuba, que una vez más decide el destierro de Haití, que pretende destruir la revolución bolivariana de Venezuela, que continúa militarizando nuestra región y se propone convertirnos en un coto cerrado para la expansión de su economía.

Este es el gran desafío: vencer la política del gobierno de Bush, que pretende diseñar el mundo de acuerdo a sus espurios intereses hegemónicos.

El llamamiento de Clara Zetkin del 8 de marzo de 1910 nos convoca a luchar por la paz, contra los planes neofascistas del imperialismo norteamericano y el 20 de marzo, en la multitudinaria movilización por la paz, será una prueba de que podemos lograrlo.

Concluyo con un enorme reconocimiento a las piqueteras, las asambleístas, a las obreras de las fábricas ocupadas, a su bravura y rebeldía junto a sus compañeros. Y un cálido saludo a todas las mujeres, a las jóvenes, a las profesionales de todas las disciplinas, a las artistas y científicas, a las madres y abuelas de Plaza de Mayo, esa fuerza imponderable que enriquece nuestro presente y, junto a los varones, nuestro futuro.